



CUADROS DE LA NATURALEZA.

Dios, que ha embellecido la creacion con tantas y tan sorprendentes maravillas, que ha cubierto la tierra de plantas y de flores, que ha llenado los mares de peces y los espacios de aves de incomparable hermosura, tambien ha querido poblar los bosques y los montes de animales inteligentes, que le sirviesen de útil y preciado adorno.

Ha destinado á los unos para que llenasen de magestad las florestas; ha destinado á los otros para que alegrasen las viviendas de los hombres.

¡Oh sublime variedad de la naturaleza, que presenta por do quiera los mas extraños contrastes! ¡Oh magnífico todo, formado de sombras y de luz; sombras y luz que constituyen su inmortal belleza! Por una ley admirable y misteriosa, las fuerzas destructoras y las fuerzas conservadoras, lejos de rechazarse mutuamente, se unen entre sí para engendrar de consuno la vida perpétua y la perpétua armonía. Como los aludes que descienden con estrépito de los montes, inundando los apacibles valles; como el volcan que derrama torrentes de lava abrasadora sobre

las aldeas y las ciudades; como la tormenta que ruge en el espacio, y arroja de su seno rayos y centellas, ó como el mar que muge encrespado y bravío, destrozando la nave que cruza por sus revueltas ondas, el Leon, el Tigre, la Hiena, el Lobo y el Oso, llevan á cabo una obra destructora, pero beneficosa para la conservacion del mundo fisico, y altamente beneficosa en el órden moral, pues enseña al hombre que el Dios benigno que manda el rocío y la lluvia á los secos campos, que le provee sin cesar de innumerables y esquisitos dones, es tambien el Dios terrible que puede humillar y abatir su arrogancia, oponiéndole, en la misma creacion de que es Rey omnipotente, enemigos poderosos y á veces invencibles.

Cuando la noche es oscura y tempestuosa, cuando silba el huracan, arrancando de raiz los árboles centenarios, cuando mugen los torrentes, ¡qué bien armonizan con estos salvajes y desacordes ecos los rugidos de las fieras que vagan por las selvas! ¡Qué bien siente el hombre su humilde pequeñez,

al escuchar el lúgubre concierto, y doblando aterrado y contrito la rodilla, alza las manos al cielo y pide misericordia al Arbitro divino!

Pero dejemos estos cuadros sombríos y volvamos los ojos á otros cuadros mas bellos y apacibles.

La tarde está deliciosa; abandonad conmigo la aldea, subid conmigo á los altos cerros que esconden su cima entre las nubes.

¿Adónde ván esos hombres armados y en son de guerra? ¿adónde ván esos ágiles lebreles que los preceden, ladrando de alegría?

Ván al soto, al bosque, al monte; ván á sorprender á los inocentes seres que vagan por entre el espeso ramaje, libres y felices, ocupados tan solo de sus plácidos amores, y sin pensar en el mortífero plomo que debe poner fin á su existencia! ¡Ved cómo corren, y saltan, y cruzan, y giran los hermosos ciervos, las tiernas gacelas, el pesado jabalí, la astuta zorra, la tímida liebre! Los perros al acercarse á ellos, callan, olfatean, se arrastran, los cazadores se esconden entre el follaje, y esperan.

¡Ay, que para todos los seres de la tierra, lo mismo que para el hombre, amor, vida y placer, no son mas que un solo punto!

Los ecos repiten el siniestro ruido de muchas detonaciones, y los ladridos triunfantes de los perros. Los cazadores recogen afanosos el cuerpo palpitante de sus víctimas, cuya carne les servirá de alimento, cuyas pieles les servirán para cubrir sus muebles y fabricar sus vestidos. ¡Oh Rey de la creación, ya los habitantes del bosque te han pagado su tributo!

Descendamos de la sierra: los espectáculos de sangre, aunque necesarios,

siempre contristan el alma y ofenden las miradas.

¡Ved aquí en las pendientes laderas, cómo triscan las alegres cabras, cómo pacen en los prados las tímidas ovejas, los inocentes corderos, las vacas magestuosas. ¡Cuántos tesoros encierran en si mismas! ¡En cambio de alguna libertad, en cambio de alguna inútil yerba, dán al hombre su leche y su carne para que se alimente, su lana para que se abrigue! Al lado del rebaño vela el perro fiel, no inquieto y amenazador como cuando perseguía á las fieras de los bosques, sino inmóvil y atento á que no se escarrie ni una sola oveja, atento á todos los ruidos que puedan anunciarle la proximidad del lobo carnívero.

Prosigamos el camino. ¿Qué es lo que diviso en aquellos lejanos campos? ¡Ah! sí, son los pacientes bueyes, que, uncidos al corvo arado, dán cien vueltas y revueltas, y dóciles á la voz del labrador que los guía, ván trazando angostos surcos para que florezca el rubio trigo.

Allí tambien está el compañero del hombre, el fiel mastín, recostado junto a los aperos de su amo, ó junto al monton de frutos recolectados, para defenderlos y guardarlos.

Pero el sol llega á su ocaso, y se descompone el risueño cuadro: a la flauta del pastor responden los cencerros del rebaño que se recoge en el redil; y los bueyes quedan inmóviles, esperando que libren su cerviz del duro yugo.

Descendamos al camino real. Aquí nos obstruyen sin cesar el paso las gallardas mulas, los melancólicos jumentos; las unas tirando de los carros, cargados de leña, de carbon, de yeso, de

arena; los otros agobiados bajo el peso de los frutos, las verduras, la paja y los sarmientos.

Como dijo muy bien el inmortal Cervantes, ningun animal hay mas desdeñado que el jumento, y que sea, no obstante, de mas utilidad al hombre.

Humilde por naturaleza, es el amigo del pobre y del humilde. Su adquisicion está al alcance de todas las fortunas, y el coste de su manutencion es muy escaso. No anda de prisa, pero anda seguido, y llega pronto al término de su viaje. Trabaja con perseverancia infatigable, y acaba sin ruido ni ostentacion su tarea, que es casi siempre penosa y superior á sus fuerzas. Modesto en demasía, no cree tener derecho á nada, y nunca se le vé descontento. Gusta de las cosas buenas, y se conforma sin murmurar con las peores. Sufre con paciencia los palos y los malos tratamientos, y, sin embargo, agradece un pedazo de pan, se muestra sensible á una caricia, y reanimado entonces, rebuzna y agita la cola expresando de este modo su alegría.

Si por casualidad su amo le ata á un árbol que esté distante de la yerba que codicia, y le olvida en aquel sitio, implora su compasion con una voz, que si no es bella, es suplicante y lastimosa. Cuando ha terminado su patética arenga, espera pacientemente durante horas y horas, á que su amo le traiga un poco de salvado, come aprisa y vuelve á su tarea, desempeñándola con un celo infatigable. ¿Qué seria del labrador, del mercader, del obrero, si no tuviesen ese auxiliar trabajador, dócil y sufrido?

La noche se acerca: estamos próximos á la aldea. Los perros van y vienen,

desandan cien veces el camino. é incitan á las caballerías para que aligeren el paso, y lleguen pronto al término anhelado.

Hé aquí la rústica casa que nos sirve de albergue; allí nos esperan otros animales no menos útiles al hombre: el cerdo, que gruñe en el corral, y que debe proveernos de sabrosa carne durante todo el año; los blancos conejitos, que corren á esconderse en su madriguera: el vigilante gato, que limpia de alimañas las viviendas, y que al vernos adopta su mas bella postura, y balancea con sin igual donaire su pomposa cola, porque sabe que nuestra venida anuncia la cena codiciada.

Ya la noche ha tendido su ropaje oscuro, cubriendo de tinieblas los montes y los valles, se han apagado los últimos ecos esparcidos por las campanas que tocaban el Ave-María; se han apagado los últimos rumores de la creacion, que se adormece. Reposan las ondas en su cáuce, el aura entre las ramas, el insecto en el cáliz de las flores, los astros en el espacio. Un solo sér vigila; un solo ser no descansa. El perro, que perseguia á las fieras, que guardaba el rebaño ó la cosecha, que aguijoneaba las acémilas, está ahora en el patio de la casita rústica, guardando el sueño de su amo, velando por su hacienda. Si los copudos árboles proyectan en el suelo una sombra mas densa, ladra; ladra si una piedra se desmorona del monte, produciendo un débil ruido.

Pero no vela solo el que tiene deberes que cumplir, vidas ó haciendas que guardar.

¿Oís allá á lo lejos esos tristes y lastimeros aullidos? Resuenan en el reducido cementerio de la aldea; ¡es un perro que llora sobre el sepulcro de su amo,

mientras quizás duerman con un sueño tranquilo sus hijos y sus deudos! Le ha servido fielmente mientras vivía, morirá sobre su tumba. No se aparta de aquel lúgubre recinto, desdeña los halagos, desprecia el alimento. ¡Se han apagado los ojos que le alumbraban, se ha extinguido la voz que le conmovía, la vida que le daba vida! ¡Su amo ha muerto, y él debe morir! ¡Oh, qué bien justifica con su ejemplo aquel célebre axioma: *si quereis un amigo fiel, criad á un perro*. Amigo en vida, amigo en muerte; en la desgracia y la fortuna, en el llanto y la alegría: ¡es verdad; *si quereis un amigo fiel, criad á un perro!*

Prodigiosa es la variedad de animales terrestres que pueblan los montes y los llanos, desde el colosal é inteligente elefante, que se alimenta de yerba y obedece á un niño, hasta el diminuto tití, que nos divierte con sus ridículos gestos; desde el industrioso castor, hasta la torpe y soñolienta marmota.

Aunque los que son mas útiles al hombre se multiplican en todos los países, en cada region se sirven de uno especial para los trasportes; el que puede desafiar mejor los rigores de su clima. En Asia emplean al elefante y al dromedario, y en América á los graciosos llamas. En Africa se sirven del camello para cruzar el abrasador desierto, y los habitantes del Polo atraviesan las heladas estepas montados en sus reníferos.

El caballo sirve especialmente á los europeos, y en verdad que no hay ningun otro animal que le aventaje en la postura noble y arrogante, en la esbeltez de sus formas, en la gracia y elegancia de sus movimientos.

Dócil, inteligente, sensible, si lleva

sobre sí á su dueño, se muestra envidioso de este honor, se muestra satisfecho si le adornan con ricos arneses ó con penachos bellos y vistosos.

Estudia el modo de complacer á su amo, conoce su voz y le responde, le defiende si se halla en algun peligro. A la mas pequeña señal, tuerce de camino; contiene la rapidez de su carrera, ó salta vallas y precipicios sin que le rinda la fatiga. Valiente y brioso, se lanza al combate, y parece electrizado de júbilo cuando el clarín dá la señal de la victoria.

Y tratándose del caballo, me parece oportuna la siguiente y bellísima anécdota italiana:

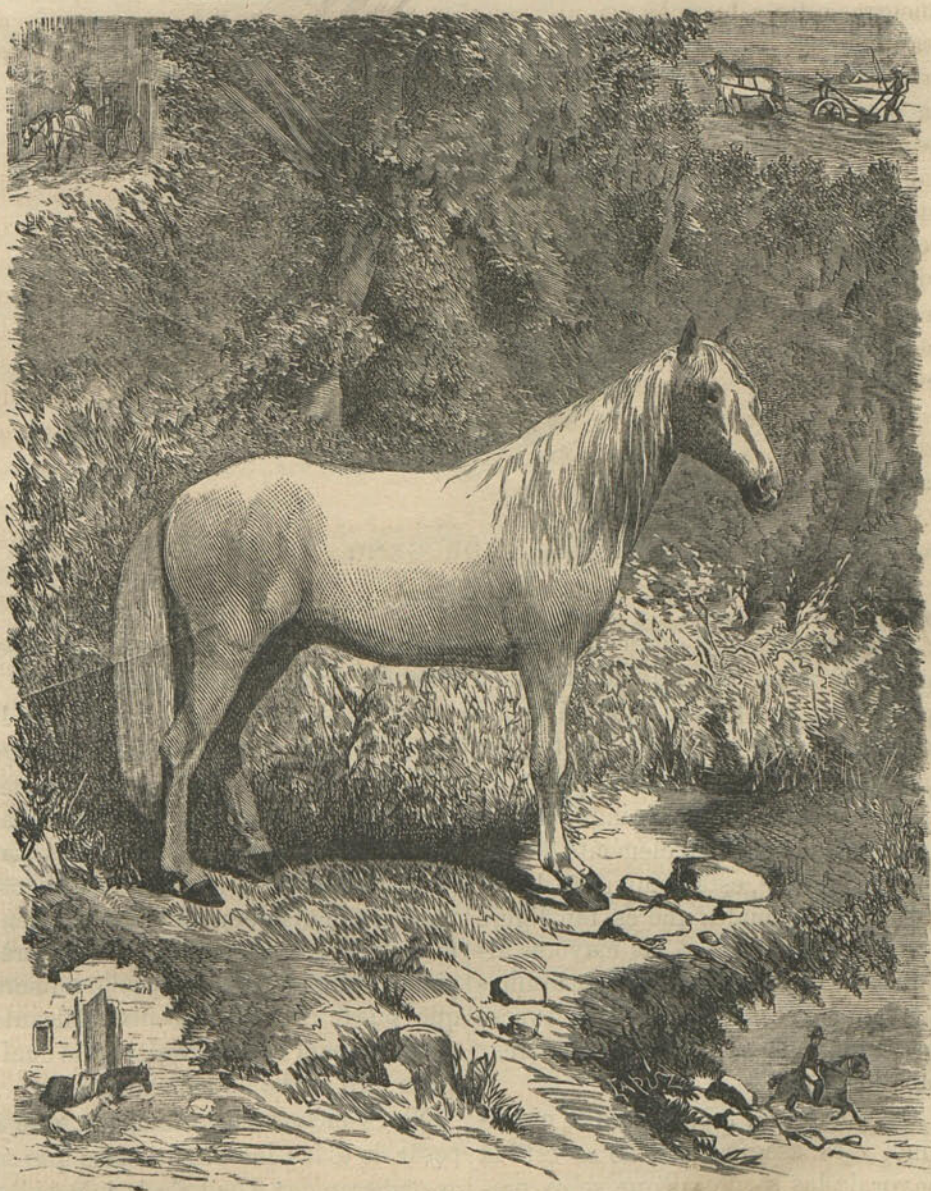
«Cárlas, duque de Calabria, daba todos los dias pública audiencia, rodeado de todos sus ministros y consejeros, en su palacio de Nápoles, y para asegurarse de que ningun infeliz quedaria privado de tal gracia, habia mandado colocar una campanilla exterior que resonaba en su misma sala.

Un dia llamaron repetidas veces á la campanilla, y habiendo salido un ujier á ver quién la agitaba, entró diciendo que era un caballo abandonado, el que, restregándose contra la pared, en donde daba el sol, la habia movido. El caballo habia pertenecido á Capecio, gran señor de la corte, segun dijeron varios de los circunstantes.

—¿Y por qué anda errante ese caballo? preguntó el duque á Capecio, allí presente.

—Señor, respondió éste, ha sido en su tiempo un alazan famoso: ha entrado conmigo en mas de treinta batallas, pero ahora está viejo y para nada sirve.

—¡Hágase justicia á todos! exclamó el príncipe con severo acento. Yo os he recompensado por vuestros servicios,



EL CABALLO.

recompensad á vuestro caballo por los suyos, dándole un lugar preferente en vuestra cuadra; de otro modo os retiraré cuantos beneficios disfrutais en mi palacio.»

¡Los que habeis tenido en los anima-

les dóciles y fieles servidores, no os mostreis jamás ingratos á sus beneficios, porque es la ingratitud el mas feo y aborrecible de los vicios!

ANGELA GRASSI.



EL HIDRÓGENO.

Os asombrará, mis queridos lectores, que os diga que ese líquido cristalino que mitiga vuestra sed, que dá vida á las flores que ostentan los tiestos que adornan vuestras ventanas, que es el alma de tantos artificios ingeniosos y que forma el principal elemento de muchas industrias, está compuesto de dos gases, de los cuales uno es tan ligero que arrastra consigo á las mayores alturas de la atmósfera esas máquinas que tantas veces habreis visto elevarse magestuosamente llevando hombres, caballos, etc.

Os asombrará, repito, pero es ciertísimo, y os aseguro que no es esta la mayor de las sorpresas que se os preparan si me seguís en el viaje recreativo que vamos á emprender á través de la ciencia.

No dudo que con gusto os decidiríais á reconocer el mundo á vista de pájaro reclinados blandamente en un cómodo wagon, muellemente columpiados encima de las nubes, exentos de los peligros de choques ni descarrilamientos,

y seguros al mismo tiempo de no experimentar una horrorosa caída.

Esta última circunstancia no os la puedo garantizar todavía; sin embargo de que lo cierto es que no se debe temer tanto como parece, pues segun las estadísticas más completas de los viajes verificados en globos aereostáticos, pueden calcularse en un cinco por ciento las desgracias ocurridas á los intrépidos exploradores del espacio, número que puede considerarse insignificante si se compara con el resultado de cualquier otro medio de locomoción.

No es menos cierto tampoco, que á pesar de todas las seguridades que se os pudieran dar y de toda la intrepidez y amor á lo extraordinario que pudiérais tener, os será difícil, cuando no imposible, construir un globo y lanzaros en él al infinito; pero en cambio, sin necesidad de abandonar nuestro pátrio suelo, podeis utilizar en algunos agradables entretenimientos, que os iré indicando las propiedades maravillosas del *gas hidrógeno*.

Su nombre, compuesto de dos palabras griegas que significan *engendrar agua*, os indica ya que combinado con algun otro cuerpo ha de constituir el agua. Este otro es el *oxígeno*, de que hablaremos en otra ocasion.

Si está en el agua y de ella le podemos separar, claro es que de ninguna parte lo podremos sacar más fácil ni más directamente, será la primer idea que se os habrá ocurrido al acabar de leer las líneas que anteceden. Nada más cierto.

Puede, en efecto, separársele del agua y conservarlo aislado para nuestro servicio; pero ¿de qué modo?

Voy á manifestaros dos de los más fáciles.

El primero es el de la descomposicion del agua por medio de la electricidad: de la electricidad teneis alguna idea por el telégrafo, los relámpagos, los rayos, las centellas, etc.; pero quizás no conozcais todavía los medios de que se vale el hombre para producirla á su voluntad, y por eso me limito en este momento á aseguraros que no experimentaríais mayor sorpresa al ver desaparecer á fuerza de chispas eléctricas el agua de una copa, que la que experimentó el sábio Lavoisier cuando en 1783 lo observó por primera vez.

El segundo está más á vuestro alcance, aunque no deja de tener algun peligro si no se tiene gran precaucion. Lo veis representado en la viñeta que encabeza este artículo.

Juanito, que es un niño muy juicioso y aplicado, tiene gran aficion á las ciencias naturales, y la verá bien recompensada, porque precisamente en nuestros dias ningun estudio es más indispensable ni tiene más brillante porvenir.

Su profesor, el célebre doctor Storchardt, es un sábio aleman, consejero áulico de Sajonia, catedrático de Química en la Academia real, agronómica y forestal de Tharand, etc., hombre tan sencillo como profundamente instruido en la ciencia, que ama con pasion.

Satisfecho de la aplicacion y del precoz talento de Juanito, él mismo ha colocado sobre la mesa el frasco de dos bocas, el tubo de cristal terminado en embudo, el otro tambien de cristal llamado de desprendimiento, dos corchos, el frasco de ácido sulfúrico, el barreño de agua, la cápsula y la probeta ó campana, que es todo lo que se necesita para la leccion del dia.

Juanito, que sabe que el agua mas pura está compuesta de *hidrógeno* y *oxígeno* en cantidad doble del primero que del segundo; que se reconoce el oxígeno en que enciende un fósforo recién apagado y el hidrógeno en que apaga un fósforo encendido para arder él mismo; que si caen algunas gotas de agua en la botella del ácido sulfúrico estalla como una bomba, y que aun siendo el ácido el que se eche en el agua, debe tenerse cuidado de irle echando en pequeñas porciones, dispone la operacion del modo siguiente:

Echa agua hasta la mitad, en el frasco de dos bocas, en que antes ha puesto un puñado de puntas de París ó de recortaduras de hierro; tapa la central con un corcho atravesado por el tubo terminado en embudo, y la otra boca con otro tapon atravesado por el tubo encorvado que irá á parar dentro del barreño.

Pone el barreño con agua á corta distancia del frasco de dos bocas: coloca en medio de él y boca abajo la capsulita, que es una especie de cazuelita con

un agujero en el centro y un desportillo en un lado del borde, y hace encajar en el desportillo el tubo y llegar al agujero de la capsulita el extremo del mismo.

Colocado todo así, vá vertiendo pequeñas porciones del ácido sulfúrico en el frasco de dos bocas por el embudo del tubo central.

Al poco rato el agua del frasco se enturbia, se desarrolla un gran calor y parece que empieza á hervir.

En seguida, por el extremo del tubo sumergido en el barreño, empiezan á salir burbujas que pudieran creerse de aire y que no son sino de gas hidrógeno.

Cuando se han desprendido las primeras burbujas, Juanito coloca sobre la cápsula la probeta llena de agua y con la boca hácia abajo.

Como ya habreis visto que cuando se vuelve dentro de una palancana llena de agua un vaso tambien con agua,

nunca se vacía del todo, fácil os es comprender que esta campana llena de agua que Juanito vuelca repentinamente en el barreño conserva una gran cantidad de ella. Pues bien: cada burbuja que entra en la campana desaloja una pequeña cantidad de agua, y cuando ya puede creerse vacía, es cuando está llena del gas.

Separando entonces la probeta, pero sin sacarla enteramente del agua, conserva Juanito el gas hidrógeno para emplearlo en otra lección.

¡Quién podrá sospechar que aquella vasija de cristal, al parecer vacía, contiene un cuerpo que ha hecho concebir la mas gigantesca idea que puede caber en cerebro humano!

Pues lo cierto es que en el *hidrógeno* fundan los sábios la esperanza de atravesar un día los espacios de una manera rápida, segura y cómoda.

RAFAEL SANTISTEBAN Y MAHY.

PROVERBIO EN ACCION.



A buen hambre no hay pan duro.



EL ESCLAVO VOLUNTARIO.

Ayer, cuando Alfredo y Luisa fueron á ver á su bonito canario que tanto les quiere, encontraron la jaula abierta. El canario habia volado.

Es imposible pintar el desconsuelo de los dos niños. Todo el dia se estuvieron llorando: no quisieron comer, no quisieron jugar.

Habian perdido á su *hijito*; así llamaban á su precioso pajarillo.

Hoy, estando en el jardin con su ma-

má, hablando de su lindo fugitivo, y consolándoles la mamá con la promesa de otro canario, vieron revolotear á un pajarillo, que pasó varias veces cerca de la jaula, y al fin se entró en la dorada prision.

Era el canario.

Habia pasado frio y hambre, se habia visto expuesto á caer en manos de unos chicos malos; un cazador le habia disparado un tiro que por milagro de Dios

no le dió, y en fin, habia aprendido que el inocente que se lanza al mundo sin apoyo y sin guia tiene mucho que sufrir y mucho que temer.

Niños, cuando seáis grandes, no anheleis dejar la casa paterna, no os seduzca la libertad, no os cieguen las promesas de placeres que ofrece el mundo y luego se convierten en tristes des-

engaños, y no abandoneis á vuestros padres hasta que ellos, llamados por Dios, os dejen en este mundo encomendados al Todopoderoso.

No hay para qué encarecer la alegría de los niños al volver á ver á su querido *hijito*, que ya no volverá á escaparse de la jaula para no perder el cariño y los cuidados de los que le aman.



LA NIÑA MUERTA.

A las puertas de oro y rosa
Que hay al entrar en la vida
Llamaste ayer, niña hermosa,
Con voz de placer henchida.
Entonces, vertiendo llanto,
Te saludé en ledo canto

De ventura,
Como al alba que en Oriente
Clara y pura
Manda al misero que gime
Con su rayo refulgente
Paz sublime.

Mas se cerraron tus ojos:
Tu mirada ya no brilla...
¿Do estan los colores rojos
Que ostentaba tu megilla?
Hoy, paloma, lloro al verte
Porque vino á tí la muerte
Silenciosa;

Te dió una palma triunfante;
Y amorosa,
Cual por mandato divino,
Te abrió en el cielo radiante
Tu camino.

Sonaron tristes lamentos
De otras almas cual la mia,
Y en la region de los vientos
Vagos himnos de alegría.
Pero dije: «tu corona
Pureza y triunfo pregona;»
Y envidiando
Tu ventura verdadera,
Mas llorando,
Con el arpa dolorida
Te saludé en tu postrera
Despedida.

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA DE UNA AGUJA

CONTADA POR ELLA MISMA.

(Conclusion.)

Eduardo entregó al cobrador sus últimos recursos, y esperó con ansiedad la llegada próxima de Mateo. Necesitaba para los vencimientos del día siguiente una suma mucho mayor.

Mateo se presentó á la hora que había anunciado en su carta. Era el hombre exacto por excelencia, y se vanagloriaba de no haber faltado jamás á una cita ni desaprovechado ningun negocio. Tenia cerca de sesenta años. Era un hombre bajo y grueso, y tenia toda la apariencia de un bendito. Pero sus ojillos grises y penetrantes, que estaban en continua movilidad detrás de unas antiparras ligeramente azuladas, eran poco simpáticos. Al ver á D. Mateo sentado en su sillón, con las manos en los bolsillos, saboreando con el ruido de una bomba aspirante un polvo de rapé, cuya mejor parte se le esparcía por la pechera de la camisa, le daban á cualquiera ganas de alargarle la mano, diciendo:—«Este es un hombre de bien.»

—Pero cuando se le veían los ojos inquietos, investigadores, moviéndose constantemente, cualquiera decia:—«Este es un zorro de primera clase.»

Por lo demás, era hombre incapaz de engañar en dos cuartos á un chico, ni de dejarse engañar en un ochavo.

La entrevista entre Mateo y sus primos fué muy penosa. Eduardo quiso darle gracias por el favor que le hacia; pero no sabia cómo empezar. Su primo le estrechó la mano y rompió á llorar. Estas demostraciones no hicieron el menor efecto en Mateo. Despues de al-

gunas palabras de sentimiento fingido, que hicieron honor á su gramática parada, se expresó en estos términos:

—Los negocios son los negocios, y no hay tiempo que perder. Eduardo, saca tus papeles y veamos cuánto debes. Hecho esto, iremos á hablar con tus acreedores. Hay que entenderse con esos señores. Pero aquí tenemos lo que facilitará todas las cosas.

Y echó sobre la mesa una cartera llena de billetes de Banco.

Jorge se llevó á sus hermanitos. La señora de Eduardo trajo los libros de caja, y durante una hora ó mas, hubo entre los tres un largo debate de cifras y operaciones aritméticas, á las que no podia menos de ser agena una pobre aguja como yo. Despues de infinidad de adiciones, sustracciones y divisiones, despues de haber emborronado no poco papel, Mateo recapituló así el estado de las cuentas de su primo:

—Vamos á ver, querido Eduardo, si la situacion es esta: debes 10.000 duros al *Crédito moviliario*; 10.000 á Manzanedo; 10.000 á Salamanca; 20.000 al Banco de España, y á varios 10.000.—Total 60.000 duros. No es poco, no, pero en fin, no es esa bastante agua para que nos ahogemos. Coje el sombrero y vámonos.—Hasta la vuelta, prima, añadió Mateo, saludando á la pobre esposa que, mas muerta que viva, veia consumarse el fatal sacrificio.

Los dos primos volvieron muy tarde. Se sirvió la comida. Mateo y los dos niños fueron los únicos que comieron.

¡Dichosa edad la de los niños! no hay disgusto capaz de quitarles el apetito.

Jorge y sus padres estaban tristes y silenciosos. La criada se llevaba los platos á la cocina llenos. Juanita y Pepito miraban á todos, y les habia contagiado la tristeza de sus padres y de su hermano mayor. Comian sin hablar palabra. A pesar de su egoismo y su frescura, Mateo acabó por preocuparse de aquel mudo dolor, y comprendió vagamente el mal que causaba, y tuvo lástima de la afligida familia. Siempre hay en el fondo del alma mas árida, un gérmen de bien mas ó menos justo, mas ó menos profundo. Mateo sintió en su corazon algo que parecia enternecimiento. Al mismo tiempo que saboreaba un rico *pudding*, servido humeante en el plato, dirigia escrutadoras miradas á aquella familia que habia conocido tan alegre y animada, y veia sumida en el mas profundo estupor. Y, por poca conciencia que tuviera, tenia que confesarse que él era el autor de aquella notable mudanza. Cuando se levantó de la mesa sentia algo hasta entonces desconocido para él. Su corazon se hallaba impresionado. Si en aquel momento sus primos le hubieran dicho con las lágrimas en los ojos y con toda la ternura que presta á la voz una emocion profundamente sentida:

Tu has salvado nuestro honor y nuestra fortuna. ¡Sálvanos la vida ahora dejándonos á Jorge!.. Si le hubieran dicho esto á Mateo de cierta manera, ¿quién sabe lo que él hubiera sido capaz de hacer? Pero un deber de esquisitez delicadeza se lo impedia al padre y á la madre; habiendo aceptado el beneficio, no debian rehusar el precio. Callaban, sufrían y lloraban en silencio, ocultando el secreto de su corazon;

y sin embargo, á cada momento aquel secreto se descubria mas y mas.

Por la noche tenían la costumbre de rezar en familia. Por lo regular la buena madre, arrodillada en medio de sus hijos, pronunciaba con dulce voz las palabras consagradas. Los niños terminaban con una oracion que su madre les habia enseñado. Aquella noche, el círculo se aumentó con Mateo, que habitaba en casa de sus parientes. La madre tomó el libro, que leyó lentamente en voz baja. Los niños respondian en ciertos párrafos como de costumbre. Mateo, con la frente entre las manos, no abria la boca mas que para decir: *Amen*.

No habia asistido hacia mucho tiempo á un cuadro tan conmovedor. La vaga emocion de que se hallaba poseído aumentaba por momentos. Mil recuerdos de la infancia se despertaban en él. Recuerdos queridos de sus primeros años, escenas medio borradas de su corazon, se le representaban con maravillosa claridad: algunos rasgos de su madre, tan poco conocida de él, se dibujaban en su imaginacion. Sintió una cosa inexplicable, y una lágrima, una verdadera lágrima, se vió asomar á sus ojos. Cuando los niños terminaron su corta oracion, la atribulada madre, con voz temblorosa dijo á sus hijos:

—Hijos míos, id á abrazar á vuestro tio, y dadle las gracias con todo vuestro corazon: ha hecho un gran servicio á vuestro padre. Él nos ha salvado.

Mateo no la dejó acabar, lo cual fué una dicha para la buena señora, que ya no podia contener los sollozos.

—¡Vamos, vamos, no digas eso! No me des gracias, querida prima, añadió con acento conmovido, pues no las me-

rezco. No, no. ¿Sabes lo que es menester decir? Que Mateo es un viejo loco, un egoísta, sin corazón, sin... Yo no sé qué tenía en el corazón, que me lo endurecía, y me hacía ser malo; pero ese no sé qué, ha desaparecido ya. Me parece que soy otro hombre. Quedaos con Jorge. Sí, hijo mío, ¡te quedarás con tu familia, no la abandonarás, no! ¡Ah! el viejo Mateo es un egoísta, un hombre que no piensa más que en sí mismo y en su dinero. ¡Pero no es un bárbaro, no se dirá que ha arrebatado la felicidad á las personas que le quieren! ¿Y por qué? Por algunos miserables pedazos de papel que les he prestado. ¡Vosotros valeis más que yo! Os hacía un beneficio que os quería obligar á pagar más de lo que valía, y no me habeis dicho ni una palabra de reconvencción ni de queja. ¡No pensábais más que en el favor recibido! ¡Está bien, está muy bien! Vosotros sois buenos!

Y lleno de emoción, el bueno de Mateo, rompió á llorar.

Su actitud hubiera hecho reír á cualquiera que no estuviese en el secreto de lo que allí pasaba.

Los hombres poco expansivos por naturaleza, tienen explosiones formidables.

Cuando un sentimiento está comprimido largo tiempo, más enérgicamente se manifiesta.

Mateo se daba grandes golpes en el pecho, se dirigía una infinidad de injurias, y se limpiaba los ojos con un gran pañuelo á cuadros. Sus primos, por un sentimiento de natural reserva, se mantenían inmóviles, pálidos de alegría. No querían abusar de un momento de sorpresa, pero la esperanza había renacido en su corazón. Jorge

no fué dueño de sí. Se arrojó al cuello de su madre, pero esta le dijo algunas palabras al oído, y fué á abrazar á su tío con efusión.

—¡Oh! ¡padrino! ¡querido padrino! ¡Cuánto te quiero!

—Ahora más que antes, ¿no es verdad, querido Jorge, más que cuando se trataba de ir á Sevilla con este viejo egoísta?... No te reconvengo, no; tenías razón. Lo que no hubiera estado bien es que no lo hubieras hecho así. Contra el que me hubiera dicho esta mañana que saldría solo para volver á Sevilla, ¡hubiera apostado mil duros. Vamos, primos, mañana terminaremos nuestros asuntos, y el pobre Mateo se irá con el corazón entristecido, pero un poco más hombre de bien que cuando vino.

Sin embargo, Pepito, que se había aproximado sin dejarse sentir, se subió sobre la rodilla izquierda de Mateo; el niño tenía su idea.

—¡Irte tú! le dijo, tirándole de la cadena del reloj. ¿Por qué te vas? Tú que eres tan bueno, quédate con nosotros; así tú estarás contento y nosotros también.

—¡Sí! ¡sí! dijo Juanita, que se había subido casi al mismo tiempo que su hermano sobre la otra rodilla. Es preciso que te quedes con nosotros, yo te aseguro que la casa es bastante grande, yo te dejaré mi cama si quieres.

—Primo, dijo Eduardo, mirando á los dos pequeños oradores, esos niños tienen razón. Parece que Dios los ha inspirado. Quédate con nosotros, y así será doble el valor del servicio que nos has hecho.

La buena madre se apresuró á apoyar á su marido, y la excelente señora encontró en su corazón mil palabras de

reconocimiento y de cariño que enterrecieron nuevamente á Mateo.

—Además, añadió ella, tenemos una habitacion hecha expresamente con ese objeto: el pabellon del jardin.

—¿En donde está mi alcoba? dijo Jorge. De esa manera, estaré al mismo tiempo en casa de mi padrino y en casa de mi papá.

Mateo se quiso excusar con sus negocios y la necesidad de su presencia en Sevilla. En suma, hizo bastante resistencia para dar á sus parientes la gloria de un triunfo. Por fin, se convino en que iria á Sevilla á poner en orden sus negocios, y que volveria á establecerse en Madrid con la familia que le ofrecia rodearle de cuidados y de cariño.

—Primo, me ayudarás con tus consejos y tu experiencia, de la cual tengo tanta necesidad, dijo Eduardo.

—Lo que yo sé, respondió visiblemente conmovido Mateo, es que es muy bueno y muy sano no hacer mal á nadie. ¡Cuando pienso, añadió, lo que he venido á hacer aquí y lo que me pasa! ¡Ah! gracias, Dios mio, por lo que has hecho y por lo que has impedido que yo haga!

Esta fué la última alusion al pasado. Como era tarde, se fueron á acostar. La emocion quita el apetito, pero no el sueño. La madre marchaba delante para conducir al primo á su habitacion. Jorge,

lleno de alegría, daba la mano á su tio, y los dos pequeños iban detrás, teniendo cada uno un candelero y alzándose en la punta de los piés para alumbrar.

Al llegar á la puerta, dijo Jorge á Juanita:

—Díme, hermana, ¿lo que pasa no te recuerda nada?

—No, dijo.

—Pues á mí me recuerda la cancion de la bonita hada, ya sabes, aquella que se apareció en el soberbio palacio, en el soberbio jardin.

—¡Ah! sí, exclamó Juanita, la cancion de la aguja:

Serás el fiel instrumento
que enmienda y une y repara,
lo que la fortuna avara
rasga y rompe en un momento.

—¿Qué cantais ahí? dijo Mateo, volviéndose.

—¡Oh! es toda una historia; mañana te la contaremos, tio. Muy buenas noches.

—Buenas noches, queridos niños. ¡Qué hermoso es que le llamen á uno bueno! se dijo Mateo al dormirse.

Y ahora, queridos lectores, á aquellos que esta larga historia no haya hecho dormir, la aguja les saluda cordialmente y les dá las buenas noches, deseándoles muchos años de virtud, amor á Dios y al prójimo, y felicidad.



LA ANCIANA INDEVOTA.

FÁBULA.

Excelente mujer era la tía-
 Sebastiana Bolaños,
 viejecita de ciento y pico de años;
 pero notaba el pueblo que tenía
 una rara manía.

—«¿Una? (dirá el lector, oído apenas
 esto) pues no era mucho: son bastantes,
 lo mismo señoronas que villanas,
 las que suelen tener, no muy ancianas,
 manías á docenas.»

—Lo ha notado el lector discretamente.
 La de la vieja, que nombramos antes,
 era pues la siguiente.

A la iglesia dos horas cada día
 Sebastiana asistía,
 y rezaba delante del retablo
 de Cristo, de la Virgen, de San Pablo,
 San Juan, San Agapito,
 San José, Santa Bárbara, de todos
 los santos repartidos por el templo,
 menos uno: jamás se la veía
 frente al altar de San Miguel bendito.

—«Me asusta ver el diablo,»
 por excusa la anciana repetía.
 Notando el mal ejemplo,
 el cura la avisó con buenos modos,
 diciendo: Sebastiana,
 usted, ejemplarísima cristiana,
 me recibió al nacer; y yo me aflijo
 de que hablen mal de usted algunas gentes.
 Ruégole que me diga

por qué deja entender, con grave nota,
 que no es usted á San Miguel devota.

—Por tus órdenes, hijo,
 sumisa respondió la trisabuela,
 yo te lo contaré; mas no lo cuentes.

El que hoy arcángel es, antes fué viga,
 y antes árbol, al cual hacha y azuela

vi despues aplicar, en pié y tendido;
 y habia antes comido
 yo su fruta mil veces,
 ricas cerezas, casi como nueces.
 Labrado el tronco luego y colorido,
 aun se me representa en el ejido,
 convidando á los ojos
 con agrupados pelendengues rojos:
 por eso; aunque me culpen y me ultrajen
 las lenguas maldicientes,
 paso aprisa delante de la imágen,
 y digole entre dientes:
 «Yo, que te conocí verde cerezo,
 no lo puedo olvidar, y no te rezo.»
 —¡Señoral dijo el cura:
 siendo usted un modelo de cordura,
 sosténgala con actos consecuentes.
 Usted me ha dado á mí, cuando era chico,
 mas de un sornaviron, y no liviano;
 y hoy me besa la mano:
 trate usted, le suplico
 por su opinion y respetable nombre,
 al ángel como al hombre.
 Á un espíritu puro soberano
 se quiso figurar en cuerpo humano:
 de algo fué menester que se le hiciera:
 piedra, barro, metal, pasta ó madera.
 Y es ley comun, de aplicacion frecuente,
 que uno puesto en el grado merecido,
 le miren cual es ya, no como ha sido.
 Piénselo usted con reflexiva calma.
 Cuando el Omnipotente
 creó de nuestro sér el sér primero,
 dejando aparte el alma,
 ¿de qué el vaso formó perecedero?
 De tierra fué, como la de un pachero.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



EL MAESTRO DE NIÑOS.

Cuando yo era niño (ya hace esto algunos años), recuerdo perfectamente cuál era la persona cuya imagen y cuyo recuerdo me perseguían como una verdadera pesadilla, y que tenía el privilegio de acibarar todas mis alegrías. Hoy mismo, á pesar de los muchos años que han pasado, sus facciones y los mas insignificantes detalles de su traje se conservan profundamente grabados en mi memoria, y si supiera dibujar, podría hacer fielmente su retrato.

Era un anciano sacerdote, alto y enjuto, de facciones demacradas, sin mas pelo en la cabeza que dos mechones blancos, que, naciendo en la parte posterior, venían á anudarse por encima de la rugosa frente: tenía constantemente puestas unas antiparras, cuya tosca armadura de hierro, que en sus tiempos fué blanca, en fuerza de los años se habia vuelto negra. No le conocí mas que un solo traje, que se componía de una levita negra de paño basto, cuyos faldones le pasaban de las rodillas, un pantalon de lo mismo, que apenas le llegaba á los tobillos, y por debajo de él se le veían las medias negras de costumbre, y unos zapatos anchos con hebillas, al parecer de plata: el chaleco abotonado con una hilera de doce botones, era tambien negro, sin solapa, y partiendo del barranquillo, descendía hasta mas abajo del ombligo. Dentro de casa usaba en la cabeza un gorro puntiagudo de algodón negro, que casi le cubría las orejas, y cuando salía á la calle, llevaba un sombrero de fieltro, que en estos tiempos daría muy bien material para tres

sombreros, y sobraria algo. Tenía este buen sacerdote la voz de bajo profundo, los dientes ahumados por el tabaco, y el pulso algo temblon.

Por el retrato que de él acabo de hacer, y por el terror que, segun llevo dicho, me infundía su presencia, habrán podido sospechar mis jóvenes lectores que el anciano de quien hablo era *el señor maestro*. En efecto, era el mismo que en mi pueblo desempeñaba el doble papel de teniente de la parroquia y maestro de niños. Verdaderamente su persona, tal como la he retratado, no podía excitar las mas vivas simpatías en un monigote de siete años, que esa edad tendría yo, y que no comprendía que los papeles pudieran destinarse á un uso mas provechoso que el de hacer cometas ó pajaritas. Mas me agradaba perseguir en el corral á las gallinas y á los conejos, que seguir con la vista la punta de la caña que en manos del maestro iba señalando las diferentes sílabas del *mañana bajará*, impresas en un gran cartel, clavado en la pared de la escuela; y escaparme con otros compañeros á las viñas próximas á la orilla del pueblo, para descubrir entre los sarmientos el oculto nido del jilguero ó del colorín, me parecía ocupación mas útil y de mas fecundos resultados que la de recitar cruzado de brazos el *Padre nuestro* ó la *Salve*, cuando el maestro nos hacía poner en hilera delante de una cruz de madera negra, colgada en el testero que daba frente á la puerta de la escuela.

Como yo estaba, sin duda, predestinado para filósofo, hacia ya razona-

mientos sin sospecharlo siquiera, y dialogando conmigo mismo, decia:

—¿Por qué le habrá dado á mi papá el capricho de hacerme ir á la escuela, donde me obligan á estar quieto tres horas por la mañana y tres por la tarde, oyendo la voz regañona del señor maestro, que se empeña en que no he de hablar con los niños que están á mi lado y en que hemos de aprender lo que significan esas rayitas negras que llama letras, para desojarnos en leer la Cartilla y el Caton? ¿Qué me importan á mí esas cosas? ¿Por qué me he de quebrar los cascos en averiguar si la *m* tiene tres patas y la *n* dos, y la *t* es una crucetilla, y la *o* tiene la figura de un huevo? ¿Pues no emplearía yo mejor el tiempo en coger grillos y llenar de ellos el patio de casa, para que por la noche cantaran todos, formando una armonía agradable, y para ver al gato escondido tras de una planta de claveles, ponerse en acecho, esperando echar la uña á alguno de los cantores? ¿Y no sería tambien mas entretenido cazar lagartijas, para cortarles luego el rabo, y ver cómo despues de separado del cuerpo del animal dá vueltas y hace *eses*?

Estos y otros razonamientos de la misma índole me traian disgustado y cariacontecido; me obligaban á mirar cada dia con más ojeriza al señor maestro y á la escuela, á los carteles y al Caton, y me hacian suspirar por mis queridos grillos, que desde lejos me llamaban con su divertido canto, y por los nidos de los colorines, que ocultos entre los frondosos sarmientos, solo esperaban á que una mano bienhechora fuera á sacarlos de aquella oscuridad para trasladarlos al cómodo palacio de una sombrerera de carton.

Ocurrió cierta tarde en que no hubo escuela por enfermedad del señor maestro, que yo saliese al campo con otro compañero mio: el objeto de nuestra excursion no era otro que encaminarnos á un olivar, en una de cuyas olivas sabíamos con certeza que habia un nido de tórtolas, cuyos polluelos debian de estar ya crecidos, aunque no lo bastante para poder volar. Tratabase, pues, de subir á la oliva y apoderarnos de los dos tortolillos: aprendimos nuestro viaje, y para no perder el tiempo nos entreteniamos tambien por el camino en buscar nidos de colorines al través de las viñas. Hallábame yo en medio del camino mientras mi compañero, que se habia apartado corto trecho, escudriñaba entre las vides, cuando acertó á pasar por allí un arriero que llevaba tres jumentos cargados de naranjas. Al pasar por mi lado el arriero me detuvo y me preguntó:

—Dime, niño, ¿sabes leer?

—¡Bah! sí señor, le contesté muy engreido.

La respuesta era algo aventurada, porque yo apenas si sabia entonces distinguir la *o* de la *i*. Sacó entonces el arriero una carta que llevaba en el pecho, y me dijo:

—Pues mira, te daré una naranja si me lees el sobreescrito de esta carta, porque se me ha olvidado el nombre del sugeto á quien tengo que entregársela esta tarde en ese pueblo que se ve desde aquí.

Para comprender el valor de esta oferta seria necesario saber cuán raramente se veian las naranjas en mi pueblo y cuánto me gustaba á mí esa fruta. Tomé la carta para leer el sobre y ganarme la naranja; pero habia contado con demasiada seguridad con mis

conocimientos en las letras: por más vueltas que le dí me fué imposible atinar con lo que decían aquellos dos renglones manuscritos, y no por cierto trazados por la mano de un gran pendolista: yo solo conocía un poco las letras impresas, y lo único que pude sacar en limpio fué que en el sobreescrito de aquella carta había entre otras letras una *o* y una *z*, lo cual no era lo bastante para satisfacer la curiosidad del arriero. Se cansó, por último, de verlo infructuoso de mis esfuerzos por descifrar aquel sencillo enigma, y volvió á recoger su carta diciéndome:

—Segun veo, para leer de corrido no te estorba, como á mí, mas que lo negro.

Corrido y avergonzado quedé, y mayor fué mi despecho cuando ví que, continuando su camino, tropezó el arriero con mi compañero de viaje, á quien hizo sin duda la misma proposición que á mí; que mi amiguito tuvo la fortuna de leer, aunque con algun trabajo, el sobre de la carta, y que en premio de sus fatigas recogió de manos del caminante una dorada naranja, que, dando brincos y saltos, vino á ofrecer á mis ojos en señal de triunfo. Debo confesar, en honor de mi amigo, que comí parte de la naranja; pero á pesar de esto, mi vanidad quedó tan maltratada, que convencido ya de que el saber leer, servía de mucho, me apliqué desde aquel día al estudio de la cartilla, y poco tiempo despues estaba apto para poder aspirar al premio de cuantas naranjas la suerte me deparara en medio de un camino.

En adelante fué para mí una persona digna del mayor aprecio y respeto el anciano maestro que consagraba todos sus cuidados y sus afanes á ense-

ñar á los niños del pueblo á leer y á escribir, y hacerles conocer las sábias y consoladoras máximas de nuestra santa religión.

¡Con cuánta dulzura y con cuánta paciencia el virtuoso sacerdote se pasaba las horas abriendo nuestras almas á la luz de la razón, sufriendo nuestras inquietas travesuras, reprendiendo á unos, persuadiendo á otros, alentando á este, picando la emulación de aquel, y celebrando nuestra aplicación cuando de ella obtenía un provechoso resultado!

Como adivinó los buenos deseos que á mí me animaban por aprender lo que tan útil me parecía, me cobró entrañable cariño, me ponía por ejemplo digno de imitación á los mas desaplicados, me nombraba celador de mis compañeros y mayorista de los mas atrasados, y esto satisfacía de tal modo mi vanidad, que me daba yo en medio de todos los niños la importancia de un verdadero sábio muy superior al vulgo de ellos.

Cuando alguno de sus discípulos no acertaba á responder á una pregunta del catecismo ó de la aritmética, el señor maestro se dirigía á mí, y al oír la presteza con que contestaba, para confusión del ignorante, se sonreía el buen sacerdote diciendo: — Perfectamente, así me gusta.

De vez en cuando me regalaba alguna estampita, me consentía subir á una higuera que tenía en el patio de su casa para alcanzar los higos, y por la mañana me mandaba ir á la iglesia para ayudarle cuando decía la misa.

El recuerdo de aquel anciano bondadoso no se ha borrado nunca de mi alma, y ha sido siempre grato para mí. Cuando ya fui jóven y me dediqué á

estudios superiores en la Universidad, acostumbraba yo á pasar en mi pueblo algunas temporadas de verano, y mi anciano maestro que aún vivía, solía ir á visitarme, se informaba con el mayor interés de mis adelantos en el estudio, me daba los mas sanos consejos y mostraba interesarse por mí con la misma solicitud de un padre.

Ahora bien, mis queridos niños, sospecho que no todos habreis meditado cuánto respeto, cuánta gratitud y cuánto aprecio debeis á los maestros que os ayudan á dar los primeros pasos en el camino de la ciencia y de la virtud, llevando á vuestras almas inocentes los primeros rayos de luz que han de iluminarlas. Mucho debeis á los padres que os han dado la vida y que os rodean de cuantos cuidados y solicitud les permite su fortuna para atender á satisfacer vuestras necesidades en la vida; pero tambien debeis mucho al modesto profesor que se esmera en dar á vuestra alma los primeros conocimientos que han de servir mas tarde para recorrer los caminos de la ciencia y haceros útiles á vuestros semejantes.

Observad al solícito jardinero que se esmera con incansable afán en guiar á los tiernos arbolillos para que su esbelta vara no se tuerza y tenga toda la gallardía y elegancia que ha de hacerlos agradables á la vista, rectos, pomposos y robustos cuando lleguen á grandes, y sirvan de adorno y fresca sombra en el jardín: ved con cuánto cuidado riega su pié, mirad cómo desembaraza la tierra que los rodea de la yerba que suele serles nociva; cómo les pone alguna estaca clavada en el suelo para que les sirva de apoyo y los defienda de los embates del viento que pudiera si no troncharlos; ved cómo

los limpia de las ramitas que pudieran afeár su aspecto, y considerad que el mismo servicio y los mismos cuidados son los que consagran á vuestra alma, para que sus puras inclinaciones no se tuerzan, la mala yerba de los vicios no la robe la sávia, ni el huracan de las pasiones venga á tronchar su inocencia, esos solícitos y modestos profesores encargados de vuestra primera educacion.

Pocos empleos hay en la humana sociedad mas útiles, mas necesarios y al mismo tiempo mas modestamente recompensados que el del virtuoso profesor que consagra su existencia á la educacion de la infancia; que un dia tras otro vela y se desvive en la trabajosa tarea de instruir á las almas inocentes adornándolas de los primeros conocimientos de las letras, base sólida é indispensable para toda clase de estudios. La paciencia, la virtud y el teson que necesita emplear vuestro maestro para llenar la importante mision que la sociedad le ha encomendado, no os hallais en disposicion de poder apreciarla en todo su mérito.

Bajo esa apariencia tal vez severa con que os trata, fingiendo hablaros á veces con despego, reprendiéndoo otras veces con alguna dureza y no disimulándoo ninguna falta, vuestro profesor sin embargo, os ama entrañablemente, es uno de vuestros mejores amigos, no deja de pensar en vuestro bien y de tantos cuidados y de tanta solicitud no espera recojer otra gloria que la dulce satisfaccion de su conciencia; los inmensos beneficios que su modesta profesion dispensa á la sociedad, no le propocionarán riquezas, honores ni grandeza alguna, sino un modesto sueldo, casi siempre mal pa-

gado, suficiente apenas para atender á sus necesidades y á las de su familia.

Hoy, mis queridos niños, leereis este artículo con indiferencia, sin que excite vuestro interés, ni atraiga vuestra curiosidad. Si cuando llegueis á ser hombres y ocupeis en la sociedad un puesto honroso debido á vuestros estudios ó á vuestro mérito tropezais otra vez con este libro y repasais estas líneas, seguro estoy de que os deten-

dreis un momento á reflexionar y direis despues de haberlo leído:

—¡Verdaderamente que es acreedor á un tierno recuerdo en nuestro corazon, el primer maestro que nos dió la instruccion elemental, el que se desveló por hacernos amar el estudio y descubrió á nuestro entendimiento la clave de todas las ciencias, que es tambien la de todas las virtudes!

PEDRO DOMINGO MONTES.

LO QUE PUEDE UNA MUJER.

(CONTINUACION.)

—No, señor, no; un infeliz que tiene buenos sentimientos, eso sí.

—Y muy generosos.

Rosita no se conmovió al ver la humildad del pobre Papilloni, que siendo el agraviado, la rogaba á ella y la trataba con tanto cariño.

D. Antonio, que bien se conocia que no estaba en presencia de su mujer, se permitió decir á su hija:

—¡Ay! hija, te hemos mimado mucho, y acaso lo que habremos hecho será tu desgracia.

Y así salió Rosita del colegio, dejando muy triste al señor Ernesto Papilloni, que hubiera querido merecer la simpatía de la traviesa discípula que tanto le habia hecho rabiár.

III.

SIGUE LA MALA EDUCACION.

Lucía esperaba impaciente á su hija.

Ya no se separará de nosotros, pensaba; una hija debe estar siempre al

lado de su madre,—cuando su madre la educa bien, le faltaba decir;—yo no sabia lo que era tener una hija ausente, y ahora que ya lo sé, no quiero sufrir mas esa tristeza.

Todo esto estaba muy bien, pero mejor hubiera estado educar á Rosita convenientemente.

En honor de la verdad, hay que decir que la débil madre tenia los mejores propósitos, conocia que la educacion entra por mucho en la felicidad ó desgracia de una persona; no era tan injusta que no conociera que su hija era caprichosa, terca, voluntariosa, dominante, orgullosa; sentia que todas estas cualidades adquiridas en la niñez, serian luego otros tantos graves peligros en la juventud y en la edad madura, y ella misma, la buena mujer se reprendia su debilidad de carácter para llevar por buen camino á la donosísima y fastidiosísima niña que le habia dado el cielo.

Pero llegaba el momento de poner en práctica sus buenos propósitos, y la

madre era impotente ante una sonrisa, ó una lágrima, ó una frase embustera y zalamera de la niña, que hacia en todo su regalado gusto.

Pasó el tiempo rápido, y Rosita llegó á tener la *avanzada* edad de diez y seis años, y ya no quiso ser una niña, sino una mujer.

Pero por su educacion y por su instruccion, era todavía una niña.

Sabia tocar en el piano alguna polka facilita, pues las dificultades nunca habia querido cansarse en vencerlas; hablaba un francés completamente reñido con la gramática francesa, y bailaba con bastante finura y elegancia.

En cuanto á lo demás, ¿qué necesidad tenia de saber cosa alguna siendo como era rica?... Ella no habia de necesitar coser, remendar, poner el puchero y hacer otros oficios propios de la mujer pobre.

¡Funesta ceguedad la de los ricos que no tienen la prevision de creer que pueden ser pobres!

Una señorita de diez y seis años, es una bendicion de Dios en el hogar doméstico, cuando ha sido convenientemente educada, cuando se la ha educado para ser mujer de su casa.

Esta frase gráfica expresa completamente cuál es la ciencia principal de la mujer.

Aquella á quien se puede llamar con propiedad una mujer de su casa, tiene mucho adelantado en el camino de la felicidad.

No hay orgullo mas legítimo que el de una madre que tiene una hija bien educada, que la ayuda á llevar *el peso de la casa*, que cuida como una segunda madre de los hermanos pequeños, que hace ropa blanca para ellos y para su padre, que da ejemplo

de laboriosidad á los criados, que harto necesitan estos ejemplos, siendo la primera que se levanta, la primera que se pone á trabajar, la primera, en fin, en el arreglo de la casa.

¡Cuántas penas puede consolar á su madre una hija buena. cuántos sinsabores le puede hacer llevaderos, cuántos dolores le puede aliviar!

Y no hay para eso que renunciar á las galas y á la diversion honesta y conveniente, ni á cultivar el estudio de la música y otros que sirven de mucho á una señorita; tiempo tiene para todo quien sabe aprovecharlo, quien metodiza el trabajo y el recreo, quien tiene, en fin, buena voluntad, amor á sus padres y conciencia de sus deberes.

Pero buena era Rosita para que la hubiésemos ido á hablar en este sentido! Hubiera hecho un mohin de profundo desden, y nos hubiese considerado unos infelices, llenos de ideas rancias, ridículas, pasadas de moda, y nada conformes con el adelanto de los tiempos.

Ella, teniendo doncella, costurera, ama de gobierno, cocinera, planchadora, modista, peinadora y no sé cuantas servidoras mas, ¿qué necesidad tenia de ocuparse en nada?...

Es verdad que si ella hubiese querido, podia haber evitado á su padre una parte del gasto que le ocasionaba tal lujo, pero su padre era rico.

De esta manera, la vida de Rosita era la vida mas ociosa que os podeis imaginar.

Levantábase tarde, y ya la esperaba la peinadora, que la ponía la cabeza como nueva, haciéndole el peinado mas de moda, y apretándola el pelo de tal manera, y lustrándoselo sin necesidad con tales pomadas y aceites, y cosmé-

ticos, que pocos años despues empezó á caersele el hermoso pelo, y el que no se le caía se le ponía áspero y crespo.

Para evitar muchos males es preciso no querer violentar ó contrariar á la naturaleza.

Se debe cuidar de tener limpio el pelo, pero no querer, siendo él hermoso y finísimo, hacerlo mas fino y hermoso, con lo cual no se consigue mas que hacerse cómplice de unos cuantos charlatanes que, contando con la credulidad pública, venden mil porquerías, mintiendo como unos sacamuelas que sus aceites, pastas, pomadas y bálsamos tienen maravillosas propiedades.

A las once ya estaba Rosita vestida para el almuerzo, y siempre daba disgusto á sus padres ver que nada le gustaba, que precisamente se le antojaba aquello que no habia en casa por el momento, y que le incomodaba el perro porque le ponía cariñoso las manos sobre las rodillas, ó le exasperaba el gato, que daba vueltas á su alrededor mayando, que era el único modo que el animal tenia de pedir alguna cosa. Rosita estaba descontenta siempre, y no se la podian hacer muchas observaciones, porque se esponia quien las hiciera á recibir por respuesta una coz, y perdonadme la frase, pero tambien puede una señorita bonita dar coces y hacer acaso mas daño que el que hace un borriquillo, que las da sin saber lo que hace.

¡Cuántas sufrió de Rosita la señora que servia en la casa de ama de gobierno! Habíase visto la buena señora en próspera situacion servida y agasajada, habia tenido hijos buenos y bien educados, y todo lo habia perdido, viéndose obligada, para no morir de

hambre, á vivir en casa ajena y á servir, aunque en decorosas condiciones. Los padres de Rosita la consideraban mucho y la trataban amabilísimamente, pero la niña no hacía distincion alguna entre la buena señora y la cocinera.

Doña Martina, que así se llamaba, queria mucho á Rosita, á quien habia conocido muy niña, y mas le afligia que le ofendia la brusca manera de tratarla que tenia la señorita, pagando con la mas negra ingratitud el amor que aquella le demostraba.

A las doce iba el maestro de piano, quien, conociendo el carácter de su discípula, se deshacia en elogios de su habilidad, y á esto debia ser bien recibido.

El resto del tiempo, hasta la hora del paseo, se empleaba en recibir con su mamá las visitas; muy afectada y grave se presentaba, hablando á medias palabras; pero luego que las visitas se despedian, habíais de oirla, calificando de tontas, de feas, de *cursis*, á todas las amigas de su madre; burlándose del color del vestido de la una, de la rosa deslucida del sombrero de la otra, y haciendo, en fin, una burla poco piadosa de todas, demostrando así cualidades bien feas en una mujer, un amor propio exagerado, y ninguna indulgencia para los demás.

Precisamente, la mujer buena debe tener mucha indulgencia con los defectos ajenos, procurando conocerlos para evitar tenerlos, pero no para hacer objeto de burla á quien los tiene.

De lo contrario, se expone á censurar en los demás los defectos mismos de que ella adolece.

Despues bajaba en coche con sus padres al Prado, y allí era donde Rosita

estaba contenta, muy preciada de su hermosura y de su traje, creyendo que todo el mundo la admiraba, que no habia otra mas bonita y mas elegante que ella, y que todas tenian que envidiarla su lujo y su riqueza.

¡Qué puerilidad!

No debe nadie querer que le envidien otra cosa que la virtud.

El lujo nada tiene de envidiable para

las inteligencias elevadas, para los corazones puros y generosos.

Y en cuanto á la riqueza, como es cosa tan insegura, sujeta á tantas eventualidades, á nadie debe enorgullecer. Al contrario, cuantos mas favores se deban á la suerte, más consideracion se debe tener á los que no los han logrado.

(Se continuará.)

LO QUE OYEN.



Pepito tiene un amigo mayor que él, que vá á una escuela donde le han enseñado la Constitucion, por mandato del gobierno, y siempre está haciendo aplicaciones de la Constitucion á todo.

Algo se le vá pegando á Pepito de la Constitucion de su amigo.

El otro día pintó una caricatura de su abuelo, y con el mayor descaro fué á enseñársela al interesado.

—Mira, niño, le dijo éste, no me ofendo, pero está mal hecho burlarse un niño de un anciano; que además es su abuelo y le quiere mucho.

—Mire V., abuelito, Alfredo dice que hay libertad de imprenta, y por eso...

—La libertad, hijo mio, es para hacer cosas honestas, dignas y decentes, pero no para faltar al respeto á nadie.—No te aficiones, niño, á la sátira y á la burla, porque te apreciarán poco las personas honradas.

LO QUE OYEN.



Pepito ha hecho una travesura, le ha cortado los bigotes al gato que estaba muy ufano con ellos, y al cortárselos le ha herido con la punta de la tijera, y su papá en castigo le quita un muñeco muy bizarro que aquel mismo día le había comprado.

—Para que no vuelvas á ser malo, le dice, voy á encerrar el muñeco.

—Bueno, dice Pepito con gran desembarazo, pero á las veinticuatro horas me lo tiene usted que poner en libertad, como dice Alfredo que dice la Constitución.

—Mira, niño, aquí no hay mas Constitución que la autoridad legítima de tu padre sobre ti, y yo te devolveré el muñeco cuando esté seguro de que te arrepientes y enmiendas en tus travesuras.